

El Divorcio de Foster Curran

(Cuento)

por A. DUER

Tiempo de lectura: 6 m. 30 s.

—¡Qué lástima que los esposos Curran se estén divorciando!

—¿Qué ha pasado?

Foster Curran amaba a Helen Bickerman desde hacía dos años. El deseaba casarse. Helen quería a Foster y también deseaba casarse, pero la boda la posponía ella por la pasión desenfrenada que sentía su novio por el juego y porque tenía, además, un temperamento desmesuradamente celoso. En cuanto a los celos, ella creía que sería cuestión pasajera.

Al fin se casaron y se fueron a vivir a Baybrook. Foster no era una persona agresiva, excepto a la hora de apostar, pero su unión con Helen había espoleado su ambición. Principió a irle bien en sus negocios. Helen había arreglado su hogar confortablemente, y los Curran eran señalados como un matrimonio modelo.

Al cabo de tres años de casados, Helen fué a Maine a visitar a su tía, y Foster tuvo que hacer vida de soltero. Ni una sola vez desde que se casó había vuelto a jugar. Pero ese verano, las noches eran largas, Helen estaba fuera y un fuerte jugador de poker acababa de llegar al hotel de la ciudad, donde vivía un amigo de su infancia.

Foster los observó jugar durante dos noches. A la tercera, no pudo resistir su deseo sofocado durante tanto tiempo. Jugó y ganó. Las siguientes noches también jugó, y volvió a ganar. Siempre ganaba.

Cuando Helen volvió, Curran había ganado una gran cantidad de dinero. Quería dárselo a su esposa, pero no lo podía hacer sin alguna explicación. Para que ella no se diera cuenta de cómo lo había obtenido, concibió un plan que le pareció muy sencillo.

Compró un brazalete de diamantes.

—¿Te acuerdas, Helen —le preguntó a su esposa,— de mi hermano Mac, que abandonó nuestra casa siendo aun muy niño?

Helen hizo un gesto afirmativo. —Pues bien, está sumamente rico; ha hecho una fortuna. Fué a verme a la oficina mientras tú estabas ausente, y como no te regaló nada el día de nuestra boda, te regala esto.

Le dió una cajita envuelta. Helen la abrió. Quedó maravillada.

¡Qué bueno tener un hermano como Mac! Quiso darle las gracias y le escribió una carta. Foster la llevó al correo.

Entusiasmado por el éxito de su engaño, Foster continuó jugando al poker. Una vez o dos a la semana se quedaba en "su oficina por asuntos de negocios", según le decía a su esposa.

Tres meses más tarde, le dijo a Helen:

—Mac estuvo hoy otra vez en mi oficina. Apenas se detuvo en la ciudad una hora. Te mandó recuerdos, y me dijo que te había enviado un regalo por correo.

Curran se tomaba la molestia de hacer remitir sus regalos desde otra ciudad, donde se suponía vivía su hermano.

El paquete llegó al día siguiente, y Helen encontró en él un precioso reloj de pulsera adornado con diamantes.

Helen estaba loca de entusiasmo, a pesar de que ya tenía otro reloj de pulsera que no era tan valioso. Curran deseaba saber cuál podría ser el próximo regalo que debiera hacerle a su esposa, cuando ganara otra vez en el juego, pues su suerte parecía no abandonarlo.

—Mac quisiera saber —le preguntó— si te gustan los zafiros.

—¿A mí? —exclamó Helen.— Los adoro. Pero, Foster, dile que no gaste tanto dinero en mí. El pobre, está invirtiendo una fortuna en hacerme regalos.

—¿Por qué no? No tiene otra persona en quien gastar su dinero. Dice que goza haciéndote estos obsequios.

—Debes convidarlo a comer alguna vez para darle las gracias personalmente —le dijo ella.

—Lo haré la próxima vez que vuelva, si permanece bastante tiempo en la ciudad.

Foster estaba satisfecho de que Helen le creyera con tanta ingenuidad y continuaba dedicándose al juego.

Cuando perdía, Mac no enviaba regalos. Cuando ganaba, llovían los obsequios.

Así pasó un año. Helen tenía más joyas de las que deseaba, pero las seguía aceptando con entusiasmo infantil. Curran trataba de acallar su conciencia con los regalos a su mujer.

Pero Helen no estaba satisfecha; ansiaba tener otras cosas, especialmente un abrigo de pieles. Es-

tuvo pensando en decirle a su marido que le pidiera a Mac que le enviara un abrigo de pieles en vez de seguirle regalando joyas. Pero creyó que no debía hacerle.

Tenía muchas joyas que no usaba nunca. Esas, pensó Helen, no las ocharía de menos su marido. Bien podría venderlas. Y las vendió sin decirsele a Foster; no quería mostrar que no apreciaba los regalos de su hermano. Con el dinero que recibió, compró el abrigo de pieles que tanto ansiaba; lo empaquetó y lo llevó al correo con la dirección de su propia casa.

No era necesario tomar la precaución de enviar el paquete desde fuera de la ciudad, pues su esposo no lo había de examinar minuciosamente.

Al día siguiente llegó el abrigo. Con gran orgullo Helen se lo enseñó a Foster.

—¿De dónde sacaste eso? —le preguntó él.

—Mac me lo regaló.

—¿Mac? —repitió él, asombrado.

—Mac, por supuesto —dijo Helen.— ¿De dónde crees que haya podido sacarlo? Mac es el hermano más encantador que he conocido. Ahora me ha enviado este regalo sin decirte a ti.

La trama de un engaño apareció ante Foster. La sospecha y el miedo encendieron en él una llama de celos. No podía contener su ira. Sabía que Helen estaba mintien-



Jugó y ganó.

do, pues hacía doce años que no había noticias de su hermano.

Para Foster sólo había una respuesta. Su espíritu celoso, al que le temía Helen cuando no vivía, no había desaparecido. Arrebató el abrigo a su esposa; le dió de golpes hasta que la vió caer en el diván; le tiró el abrigo encima, y salió de su casa enfurecido.

—¡Qué lástima que los esposos Curran se estén divorciando!

—¿Qué ha pasado? ¿Es ella la infiel? ¿O el marido?

—Entiendo que ella.